

D/ "REVISTA TEOLOGICA"
Seminario Concordia
C. Correo 5
1655 J. L. Suárez
Bs. As. - Arg.

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
La Doctrina de la Predestinación en San Agustín.....	1
Bosquejos del Antiguo Testamento.....	13
Estudio del <i>Euangélion</i> en el N. T.....	19
La Palabra Bíblica como Ley y Evangelio..	25
Los Mormones.....	36
Bosquejos para Sermones.....	38
Sabía Usted?.....	48

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

A ñ o 10

Cuarto Trimestre - 1963

Número 40

mención que Isaac mismo hace de ella en 28:2, 5, no se la menciona más hasta el fin del Génesis cuando Jacob, estando en Egipto, pide que lo sepultaran donde Abraham, Sara y Rebeca habían sido sepultados. Pero Isaac — como conviene al patriarca — desempeña el papel principal en la última escena (28: 1-5).

Decimos en el bosquejo que Isaac percibe más de lo que Rebeca, con su sugestión sutil, le atribuye. Otra vez no tememos leer entre renglones. Rebeca da por sentado que el padre ciego no conoce las amenazas de Esaú. Además, según parece, teme que Isaac no haría nada por salvar a Jacob, si ella se lo hacía saber. De manera que otra vez siente que ella es la llamada a ocuparse en conservar la Promesa para lo futuro y ejercer fuerza moral en Isaac con el subterfugio respecto al dolor personal causado por las mujeres de Esaú. Y hasta puede ser que, a causa de la revelación que había recibido en el pozo de Agar, Rebeca se sintiera algo superior al patriarca, y le atribuyera poco entendimiento en asuntos relacionados con la profecía y la fe.

Hay un "sexto sentido" mediante el cual los ciegos, los sordos y los ancianos que padecen de aflicción tal, perciben lo que sucede en su alrededor. Además, es propio suponer que Isaac poseía tal percepción mediante la doble vista [*clairvoyance*] de la fe. Esta fe ahora se hacía sentir en la profecía (27: 40) y sin pérdida de palabra tocante a lo de menos importancia (27: 46), en acción resuelta (28: 1-5). Pues "por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas venideras" (Heb. 11: 20).

¿SABIA USTED QUE?

¿Sabía Ud. que el Sínodo de Misurí encargó a un comité preparar una revisión de su himnario, el "Lutheran Hymnal"? Este comité espera que el himnario revisado esté disponible en menos de diez años. Las iglesias luteranas de Centro y Sudamérica tienen la esperanza de que pronto puedan usar su nuevo himnario castellano que lleva el título "Culto Cristiano".

Estudio de **Euangélion** en el Nuevo Testamento

El sustantivo *euangélion* (evangelio) ocurre en el Nuevo Testamento más frecuentemente que el verbo *euangelizomai* (evangelizar). Este se encuentra 54 veces, 44 de las cuales se halla en la voz media, ocho en la voz pasiva, y solamente dos en la voz activa, sin tomar en cuenta tres variantes marginales: *euangélion* en cambio ocurre 76 veces, sin tomar en cuenta una var'ante. La distribución de estas dos palabras en los libros de los autores sagrados es la siguiente:

San Marcos usa <i>euangélion</i>	8 veces		
San Mateo	4 .. .	<i>euangelizomai</i>	1 vez
San Lucas	2 .. .		25 veces
San Pablo	60 .. .		21 veces
San Pedro	1 vez.		3 veces
San Juan	1 .. .		2 veces (sólo en Apocalipsis)
En Hebreos se usa solamente el verbo ..			2 veces

Considerando esta tabla esperaríamos que San Pablo diese la idea más amplia en cuanto a qué es y qué hace el evangelio; y efectivamente, así es.

Sin embargo, vale la pena considerar brevemente la etimología de estas palabras. La voz *euangélion* tuvo su origen en el griego clásico, habiendo sido usada ya por Homero. Al igual que el verbo *euangéllo* (que en el griego clásico se usó más en la voz activa), *euangélion* se derivó de *euángelos* (anunciador de buenas nuevas). *Euangélion* era lo que le correspondía a un anunciador, ya que a un mensajero se le pagaba conforme a las nuevas buenas o malas que traía. Por eso *euangélion* significaba primero: "una recompensa por haber traído un mensaje bueno", mientras el verbo significaba el acto de traerlo y anunciarlo. Ya que en el concepto de los griegos, buenas nuevas traían también buena suerte, el mensajero era digno de su recompensa.

Evolucionando en su significado, el sustantivo *euangélion* llegó a indicar las buenas nuevas mismas, y se usaba como término técnico para: "Las nuevas de una victoria en la batalla". La suerte inherente en tal mensaje causa gozo en el que lo recibe, de manera que *euangélion* connotó también: "un mensaje de gozo" (*Freudenbotschaft*). Hasta se hacían sacrificios a los dio-

ses celebrando la suerte y el gozo recibidos en el mensaje, lo que se expresaba por la frase *euangélia thyein* (sacrificar evangelios). El mismo significado tenía el sustantivo cuando se lo usaba en conexión con el culto al emperador.

En cambio, el evangelio que el cristianismo pudo ofrecer al mundo de sus días, que tanto anhelaba recibir *euangélia*, era uno solo, y era para muchos un *skándalon* (tropiezo) (Mat. 11:5-6; Rom. 1:16; 1 Cor. 1:17, 23; 2 Tim. 1:8; Mar. 8:35). Les debía haber parecido como una ironía, porque se proclamaba como *soetaería* (salvación), pero posible solamente mediante *metánoia* (arrepentimiento) y *kríma* (juicio). Sin embargo, era en realidad el verdadero gozo, porque el arrepentimiento produce *chará* (gozo) y el juicio sobre el pecado trae *cháris* (gracia) y *soetaería*.

La Versión de los Setenta también usó estas dos palabras, para traducir sus equivalentes hebreos (BSRH Y BSR.). Sin embargo ocurren muy raras veces, y siempre en el sentido del griego clásico. Solamente en Isaías 40 a 66, aunque el verbo tiene el mismo significado de anunciar la victoria, se da a entender que esta victoria es la de Dios mismo sobre el mundo en la persona de su Mesías. Este inaugura la era nueva, o sea el Reino de Dios; un reino presente y actual, que cobra realidad dondequiera que se proclame la palabra que lo anuncia, la misma que hizo el mundo, fija el derrotero de la historia humana y gobierna todas las cosas. En el acto, introduce libertad para los pobres (cf. Sal. 96). El Reino se relaciona así con *dikaiosynae* (justicia; cf. Salmo 40:10), *soetaería* y *eiraenae* (paz, Isa. 52:7). El tono de gozo que este anuncio tenía para el pueblo de Dios pasó a la palabra *euangélion* en su uso neotestamentario. (Los cuatro párrafos anteriores son citados de Friedrich, *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, Tomo II, 705-724).

I.

La primera pregunta que forma la base de nuestro estudio es: ¿Qué es *euangélion* según el Nuevo Testamento? No me he propuesto analizar todos los pasajes en que estas dos palabras ocurren, y ni aún analizar en forma completa los que citaré; sin embargo creo haberlos examinado a todos, a fin de no equivocarme en las conclusiones que presento. Algunas de estas conclusiones las hallé en el libro anteriormente citado, pero el estudio básico lo hice antes de consultar otros libros.

A.

Hallamos que el evangelio es el anuncio de *hae basileía tou theou* (el reino de Dios), esto es, el anuncio de que Dios ha luchado con las fuerzas del mal, ha logrado la victoria, y establece ahora su reino sobre todo y sobre todos. Esto era un *mystaérion* (misterio, Efe. 3:5; 6:19; Col. 1:25-26) no dado a entender en toda su plenitud, como Cristo afirma: "La ley y los profetas hasta Juan; desde entonces se anuncia el evangelio del reino de Dios" (Luc. 16:16). Este misterio tuvieron que descubrir los discípulos en la persona de Cristo; y una buena parte de la obra de Cristo con ellos giró en torno a la revelación de Sí mismo a ellos.

El *euangélistaés* (evangelista) de este reino era Cristo mismo. Si bien San Juan Bautista también anunció que estaba cerca el reino de Dios (Mat. 3:2), sólo podía decir que estaba próximo a establecerse. Pero Cristo pudo decir que ya había llegado:

"... vino Jesús a Galilea, predicando el evangelio de Dios, y diciendo: 'El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio'"

(Mar. 1:14-15; cf. Luc. 8:1; Mat. 4:17).

Precisamente a esto había sido enviado, como lo atestiguan sus propias palabras: "Es necesario (*dei*) que también a las otras ciudades les anuncie las buenas nuevas del reino de Dios; porque para esto fui enviado" (Luc. 4:43). Efectivamente, tanto en palabra (*didáskoen kai koerissoen*, Mat 4:23) como en obra (*therapeúontes*, Luc. 9:6), con señales y milagros, Cristo anunció las buenas nuevas a los *ptoechoi* (pobres, Mat. 11:5; Luc. 7:22; cf. Mat 5:3 y Luc. 4:18). Este mensaje les trajo *soetaería* (Hch. 8:8) y los hizo miembros del reino que, como queda dicho, es establecido por el mismo anuncio. La promesa del Antiguo Testamento se cumplió. Ahora *euangélizomai* significa: "ofrecer en forma directa la participación en *hae soetaería*" (Kittel). Pero Cristo no era solamente el mensajero de estas nuevas, sino el objeto de ellas (cf. *perì tou huiou autou*, Rom. 1:3). Es decir, al anunciar el reino de Dios, anunció que Él mismo era el Rey victorioso (cf. Luc. 1:32-33). En su misma persona la promesa del Antiguo Testamento se ha cumplido (Hch. 13:32-33). El mismo Jehová ha venido a reinar (cf. *hós estin eikōn tou theou*, 2. Cor. 4:4:). Desde el nacimiento

de su precursor (Luc. 1:19; cr. 1:68-79) y especialmente en su propia venida, su obra, predicación, muerte y gloriosa resurrección y ascensión (1 Cor. 15:1-5) se mostró como Hijo de Dios en poder (Rom. 1:3-4). Él es vencedor, de lo cual su resurrección es el testimonio más fehaciente (Hch. 13:32; 17:18), porque es la prueba de su victoria total sobre las fuerzas del mal. Babilonia ha caído (Apo. 14:8; Col. 2:13-15).

Por lo cual, fue hecho *pántoen kyrios* (Señor de todos, Hch. 10:36) y fue exaltado hasta lo sumo para que todos le confiesen *Kyrios Iaesoūs Christós* (Jesucristo es Señor, Fil. 2:9-11; 2 Hes. 1:8). Predicar a *tòn Iaesoũn* (Hch. 8:35; cf. *ton Christon Iaesoũn*, 5:42 *ton kyrion Iaesoun*, 11:20) incluye el mensaje de que Jesucristo es "Rey de reyes y Señor de señores" (Apo. 19:16), para que todos canten:

"Gracias te damos, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y eras, porque has tomado tu gran poder y has comenzado a reinar... Digno eres de tomar el pergamino y de abrir sus sellos, porque fuiste inmolado y con tu sangre redimiste hombres para Dios, de toda tribu, lengua, pueblo y nación, y has hecho de ellos un reino y sacerdotes para nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra" (Apo. 11:17; 5:9-10).

Y cuando el Nuevo Testamento habla de *tò euangélion toũ Christõũ* (1 Cor. 9:12; cf. *tou huiou*, Rom. 1:9 *tou theou*, 1 Cor 11:7) bien podemos entender esto en el sentido de que el evangelio es acerca de Cristo, el Hijo de Dios, Jehová mismo que reina. Si bien Cristo es *auctor evangelii* (cf. *di' apocalypseces Iaesoũ Christou*, Gal. 1:11), es también su contenido. En una palabra podemos decir: "Jesucristo es Señor", y en Él Dios mismo se dirige al hombre (cf. *toũ theou*, 1 Tes. 2:9). Y su reino no tendrá fin (Luc. 1:33). Por lo cual, su evangelio es *euangélion aioénion* (un evangelio eterno, Apo. 14:6). Y este reino eterno lo establece en gran gloria, que la misma presencia de Cristo reveló, Aquél que vino a este mundo como su Señor (Juan 1:14). Por lo cual, el evangelio es mensaje que revela *taēs doxaes toũ Christou* (la gloria de Cristo, 2 Cor. 4:4; cf. 1 Tim. 1:11).

Esto es *tò kaérygma Iaesoũ Christou* (la predicación de Jesucristo, Rom. 16:25) que antes estaba contenido en *hae epangeliá* (la promesa) del Antiguo Testamento, y ahora lleva a los gentiles a la fe (Rom. 16:26). Para San Pablo, el centro de este

mensaje es la muerte y resurrección de Jesús, porque es lo que prueba que Cristo es el Rey eterno (Rom. 1:1-6; 1 Cor. 15:1-8).

B.

Esta victoria de Dios en la persona de su Hijo significa para la humanidad *soetaeria*. Esto se dijo ya en su nacimiento cuando fue denominado *soetaér* (Salvador, Luc. 2:10; cf. Mat. 1:21). Por la cual San Pablo puede decir que el evangelio es la potencia de Dios *eis soetaerian* (para salvación, Rom. 1:16) y que es un mensaje *taes soetaerías hymoēn* (de salvación vuestra, Efe. 1:13). Cristo, a la verdad, salva a los suyos del pecado (1 Cor. 15:3) y de las fuerzas del mal que él mismo ya ha aniquilado (Luc. 3:16-18). Es una victoria, y es salvación, no solamente para los judíos, entre los cuales vivió Cristo, sino también para los gentiles (Rom. 1:16; Efe. 3:6). El evangelio es en sí, pues, salvación (2 Cor. 4:3), porque el mero anuncio de él da lo que anuncia (1 Tes. 2:8). De esta manera, *koinoenia eis to euangélion* (participación en el evangelio, Fil. 1:5) significa lo mismo como participación en la salvación.

Pero si el evangelio da salvación mediante el perdón de pecados (1 Cor. 15:3), esto implica el juicio de Dios sobre el pecado, ya que Cristo tuvo que morir por nosotros a causa del pecado, sufriendo así en nuestro lugar el castigo divino. El evangelio de Cristo señala la sana doctrina y la conducta buena (1 Tim. 1:11) y por implicación condena toda mala conducta que es contraria a la sana doctrina. La seriedad de Dios al respecto se ve claramente expuesta en la muerte de Cristo en la cruz. Tal juicio de Dios sobre el pecado, lo tuvo que incluir San Pablo en la exposición de su evangelio, el libro de Romanos (1:18 a 3:20). Y este evangelio será la base sobre la cual se juzgará *tà kryptà toēn anthróepoen* (los secretos de los hombres, Rom. 2:16). El resultado será venganza sobre *tois maè hypakoúousin toē euangelíoe toũ kyríou haemoen Iaesou* (los que no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesús (2 Tes. 1:8). Quizás no obedecen el evangelio porque requiere el arrepentimiento (*metanoēite*, Mar. 1:15; cf. Mat. 4:17) en el temor de Dios (Apo. 14:7; cf. Rom. 10:16; 2 Tim. 1:8; Heb. 4:6). No entienden, o no quieren entender, que el juicio y la misericordia van unidos, y que por eso el arrepentimiento es gozo (Kittel),

porque por su medio se logra la salvación. El juicio sobre el pecado acaba con el pecado, y esto es ciertamente gozo. Pero por cuanto el hombre no percibe esto, el acto de evangelizar también tiene que incluir exhortación (*parakaloen*, Lucas 3:19) "para que de estas vanidades os convirtáis al Dios viviente" (Hch. 14:15). Y aun a los cristianos es necesario exhortarlos: *Mónon axíoes tou euangeliou tou Christou politeúesthe* (Solamente conducíos como es digno del evangelio de Cristo, Fil. 1:27). Esto explica la presencia de tanta admonición evangélica en las cartas de los apóstoles, que indudablemente formó parte de su predicación y de su evangelio.

Esta salvación incluye también una infinidad de bendiciones espirituales, algunas de las cuales son: *Zoeaé kai aptharsia* (vida e inmortalidad) que Cristo al abolir la muerte, sacó a luz *dià tou euangeliou* (por medio del evangelio, 2 Tim. 1:10) y que tenemos en virtud de la resurrección de Cristo (cf. *ex. anastáseoes nekroen*, Rom. 1:4); el don de *tò pneuma hágion*, que es *arra-boén taes klaeronomías haemoen* (el Espíritu Santo, las arras de nuestra herencia, Efe. 1:13-14; cf. Juan 14:26; 15:26; 16:7-15); *chará* (gozo), que según la voluntad de Dios sería para todos los hombres (Lucas 2:10; cf. Hech. 8:8; Sal. 51:12); *eirénae*, (paz) que también puede ser un término para significar *euangélion*, ya que Cristo es nuestra paz por medio de la reconciliación (Efe. 2:13-18; 6:15; Luc. 2:14; Hch. 10:36; cf. Juan 14:27); *phoetismós* (iluminación, 2 Cor. 4:4, 6; cf. Juan 1:4, 5, 9); *exousía* (derecho, poder, 1 Cor. 9:18) que se puede considerar igual a cierta libertad; y *katá-pausis* (reposo, Heb. 4:1-2) en las mansiones eternas. Pero estos dones solamente son una parte de toda la bendición que tenemos en el evangelio, bendición que San Pablo sólo puede describir como *tò anexichniáston ploútos tou Christou* (las inescrutables riquezas de Cristo, Efe. 3:8; Col. 1:27; Rom. 9:23).

Todo esto Dios lo hace por pura gracia. Ya que el evangelio da testimonio de esta gracia, se puede decir que es: *tò euangélion taës charítois tou theou*, (el evangelio de la gracia de Dios, Hch. 20:24). Aunque Dios no halló motivo en el hombre para salvarlo, a causa de su pecado (cf. Efe. 2:3-10), de su puro amor y gracia nos salvó mediante la fe, y así reveló su *dikaíosyna* (Rom. 1:17), la cual él dió a los que creemos (cf. 2 Tim. 1:8-10) para que seamos santos delante de él (Rom. 1:1).

(continuará)

La Palabra Bíblica como Ley y Evangelio

Por Roberto Hoferkamp

Durante esta reunión el tema de estudio es: los Medios de Gracia. La Iglesia Luterana siempre ha considerado que en los Medios de Gracia se encuentra el meollo de la doctrina cristiana (véase Confesión de augsburgo, Artículo V). Los Medios de Gracia son la Palabra y los Sacramentos. La Palabra de Dios asume varias formas, y debemos escuchar una conferencia sobre "las formas de la Palabra divina". Ya que las Sagradas Escrituras son la Palabra de Dios escrita, la cual nos da testimonio del Verbo encarnado y la cual es la fuente invariable de la Palabra oral, muy natural es que demos consideración en nuestras pláticas doctrinales a la Palabra bíblica. Por motivos que saldrán a luz en nuestra presentación, creemos que, debido al tema general de nuestras discusiones, la mejor manera de enfocar nuestro estudio de las Sagradas Escrituras es a la luz de la distinción muy luterana entre la ley y el evangelio.

El tema de la ley y el evangelio es objeto de mucha discusión en nuestra época, y se ha mostrado claramente que se trata de un tema y un problema extraordinariamente difícil y complicado. Por ejemplo, el teólogo más ampliamente conocido de nuestra época, Karl Barth, ha dirigido todas las baterías de su poderosa polémica contra la distinción luterana entre la ley y el evangelio. Él habla de la ley como la forma del evangelio y del evangelio como el contenido de la ley, haciendo énfasis en la unidad de los dos elementos. Por su parte, los luteranos han reaccionado con cierta vehemencia al ataque barthiano, elaborando y exponiendo la dialéctica formidable entre la ley y el evangelio. En este estudio no nos será posible entrar en los detalles de ese debate. Tampoco podremos encarar el conjunto de problemas de la ley y el evangelio tal como nos lo presentan los eruditos del Antiguo Testamento, para quienes no la dialéctica entre la ley y el evangelio, sino el *berith*, el pacto o la alianza, es el motivo principal del A. T. Tampoco tendremos tiempo para someter a estudio las dificultades que presentan a la dialéctica ley-evangelio, libros neotestamentarios como el Evangelio según San Mateo y la Epístola de Santiago. Todos